

LA BÚSQUEDA DE LA LENGUA PERFECTA EN LA CULTURA EUROPEA *

Umberto ECO
Universidad de Bolonia. Italia.

Mis indagaciones de los últimos años tienen que ver con la búsqueda de una lengua perfecta en la cultura europea. Similar a la “Isla Perdida” o a la “Tierra Ignota”, a un *Graal* siempre prometido y nunca encontrado, la búsqueda de una lengua perfecta no ha dejado nunca de fascinar a los más grandes espíritus de la cultura europea; y sin embargo, mientras evoco aquí el sueño de una lengua única capaz de hermanar a todos los hombres, y mientras los pueblos de Europa están discutiendo acerca de su posible unión política, militar y comercial, hablan todavía distintas lenguas, es más, hablan un número mayor de cuantas hablaron hace diez años, y en ciertos lugares, bajo la bandera de la diferencia étnico-lingüística, luchan unos contra otros.

Historia de una utopía, de un sueño imposible, ¿qué sentido puede tener todavía para nosotros la historia que comienzo a contar, teniendo en cuenta que esta historia nos revela la imposibilidad de huir de la maldición babilónica? Sin embargo, esto no quiere decir que la historia de un fracaso sea necesariamente negativa. Se trata de la historia de la obstinada persecución de un sueño irrealizable, y es necesario conocer los orígenes y las motivaciones que lo han mantenido vivo con el paso del tiempo. No se trata solamente de escribir un capítulo de la historia de nuestra cultura, sino de comprender también el sentido particular que esta investigación tiene hoy para nosotros.

Además, a cada intento fallido le sigue lo que podríamos llamar un efecto colateral: las diferentes propuestas no han sido definitivas, pero han dejado una serie de consecuencias beneficiosas en la historia de las ciencias y de la civilización. Cada uno de los proyectos debe, por tanto, ser visto como un ejemplo de *felix culpa*: muchas de las teorías que hoy ponemos en práctica, y las prácticas que conocemos, han nacido de la *quête* de una lengua perfecta, y de este

* La traducción del texto fue realizada por Cristina Hernández y Ana María Vázquez, de ITT (Intérpretes-Traductores de Italiano) y revisada por el Editor.

modo hoy podemos hablar de lógica, química o zoología, o podemos hacer uso del *Minitel*. Es justo reconocer a algunos pioneros el mérito de habernos aportado algo, aunque lo que nos hayan aportado no fuera lo que nos prometían. En especial si tenemos en cuenta que la búsqueda de la lengua perfecta está cada vez más entrelazada con las reflexiones sobre el origen del lenguaje, sobre la gramática universal, sobre las estructuras biológicas que presiden la facultad del lenguaje y sobre la relación arbitraria o motivada entre palabras y cosas.

1. El primer capítulo de mi historia está representado por el *Génesis* 2,19, en el que Dios conduce a Adán junto a los animales, y Adán les da un nombre. Pero la *Vulgata* es, acerca de este punto, muy ambigua: Dios presenta los animales a Adán *ut videret quid vocaret ea, omne enim quod vocavit Adam animae viventis ipsum est nomen eius. Appellavitque Adam nominibus suis cuncta animalia et universa volabilia caeli et omnes bestias terrae.* ¿Cada uno de los nombres dados por Adán es el nombre que debía tener el animal a causa de su naturaleza, o aquel que le correspondía simplemente por convención? ¿Y en qué lengua hablaba Adán?

El segundo capítulo de mi historia procede del *Génesis* 11, donde se cuenta cómo, en el transcurso de la construcción de la torre de Babel, Dios habría provocado la confusión de las lenguas. En el curso de la historia europea veremos que la *confusio linguarum* babilónica siempre fue sentida como una herida incurable: sin embargo, este sentimiento es, en cuestión de siglos, bastante reciente.

El mundo griego y latino no se planteó el problema de una lengua perfecta, ni estaba preocupado por la multiplicidad de lenguas. La *Koiné* griega primero, y el latín imperial después, aseguraban una comunicación adecuada y universal desde la cuenca mediterránea hasta las Islas Británicas, y los dos pueblos que habían inventado la lengua de la filosofía y la lengua del derecho identificaban la estructura de su lengua con la estructura de la razón humana. Simplemente por azar la cultura griega reflexionó en el *Cratyló* de Platón sobre el problema de si las palabras griegas habían sido inventadas por naturaleza, por imitación directa de las cosas, o bien por ley, esto es, por convención. Platón no se pronuncia por una opinión definitiva, más bien sugiere que existe una tercera opción, esto es, que el lenguaje debe reflejar el orden de las ideas. Veremos que cada una de las búsquedas de una lengua perfecta se debate entre estas tres posibilidades

La sospecha de que existan otras lenguas que pudieran transmitir una sabiduría desconocida, surge en el segundo siglo d. C. cuando, con la crisis del racionalismo clásico, se comienza a buscar una nueva sabiduría, antiquísima pero desconocida y secreta y por consiguiente transmitida en las voces incomprensibles de los Druidas o de los sabios de Oriente. El hombre de la Grecia Clásica pensaba que hablaba la única Lengua digna de este nombre: los otros

eran Bárbaros, esto es, etimológicamente, criaturas que balbucean. Ahora, sin embargo, es justamente ese presunto balbuceo del extranjero el que aparece lleno de promesas y de revelaciones ocultas.

Los Padres de la Iglesia, excepto Gregorio de Nisa, habían asumido como dato irrefutable que el hebreo había sido, antes de la confusión, la principal lengua de la humanidad. Orígenes y San Agustín recordaban cómo después de la Torre el hebreo había sido preservado por el pueblo elegido, y San Jerónimo lo consideraba origen de cada una de las diferentes lenguas humanas.

Eusebio interpreta el pasaje bíblico de la *nominatio rerum* en el sentido de que cada nombre dado por Adán representaba la verdadera naturaleza del animal nombrado. Casualmente nace pronto una controversia que continuará hasta el siglo XVIII: si Adán había dado, o no, un nombre a los peces, dado que el texto bíblico no los menciona y Dios –se supone– no podía llevar los peces al jardín del Edén.

Pero el conocimiento del hebreo ya se había debilitado en los tiempos de San Agustín, quien testimonia una situación lingüística paradójica. El pensamiento cristiano se basa en un Antiguo Testamento escrito en hebreo y en un Nuevo Testamento escrito, en su mayor parte, en griego. San Agustín desconoce el hebreo y tiene un conocimiento vago del griego. Su problema, como intérprete de las Escrituras, está en comprender qué quería decir verdaderamente el texto divino, y del texto divino sólo conoce traducciones latinas. La idea de que podría recurrir al hebreo original apenas se le pasa por la cabeza, pero la rechaza porque no se fía de los hebreos, que podrían haber corrompido las fuentes para borrar las referencias al Cristo venidero. La única profundización que aconseja es la comparación de varias traducciones, para elegir la lección más digna de consideración (y, por lo tanto, los criterios que sugiere son hermenéuticos, no filológicos).

San Agustín presenta en el medioevo la idea de una lengua perfecta que, sin embargo, no es lengua de palabras sino de cosas, lengua del mundo, de un mundo –como se dirá más tarde– que es *quasi liber scriptus digito Dei*. Pero esta lengua sirve solamente para interpretar los pasajes no literales de la Escritura, donde ésta habla nombrando elementos contenidos en el mundo (piedras, hierba, animales) que adquieren un significado simbólico. Y si la idea tendrá una influencia sobre la historia de las lenguas perfectas, esto sucederá solo cuando la cultura europea fije su atención en los jeroglíficos egipcios o en otros ideogramas exóticos, obteniendo la idea de que la verdad puede ser expresada por emblemas, empresas, símbolos, sellos.

Por otra parte, la cultura medieval trata de la multiplicación de las lenguas en un modo bastante académico, sin escandalizarse: la Iglesia o la Universidad tienen su propia lengua perfecta, el latín eclesiástico y escolástico, y ni se plantean la sospecha de que, para llegar a la verdad, sea necesaria una lengua diferente.

2. ¿Cuándo nace la obsesión de Babel y, como consecuencia, cuándo empieza el sueño de una lengua universal y perfecta que cure aquella herida? Europa, antes de dibujarse a través de una geografía política, se dibuja como geografía lingüística. Nos encontramos en un espacio temporal vago e impreciso, en el que el latín se ha corrompido de tal modo que Virgilio de Bigorre se inventa otro, en su delirio de gramático de la decadencia, o en el que se nos interroga acerca de la validez de los bautismos realizados en las Galias, porque los sacerdotes bautizan todavía *in nomine Patris et Filiae*; estamos en la época anterior a la aparición de los primeros *monumenta* de las lenguas romances o germánicas, que nacen de los campesinos analfabetos originando las nuevas lenguas de Europa bajo la forma de *dialetti irsuti* (dialectos hirsutos), por utilizar una bella expresión de Dante. Justo cuando se comienzan a conocer estas nuevas lenguas, nos topamos con la imagen de Babel.

No se conocen representaciones de la Torre en las dos biblias ilustradas de los siglos V y VI, los *Génesis* de Viena y Londres. La primera representación conocida (en la *Biblia Cotton*) es del siglo VII, a la que sigue un relieve en la catedral de Salerno del siglo XI. Luego vendrá un torrente de torres.

En los albores del siglo VII, encontramos en Irlanda la primera tentativa de definir las ventajas de la lengua vulgar con respecto a la gramática latina. En una obra titulada *Auraceipt na n-Éces* (“Los preceptos de los poetas”), se nos remonta a las estructuras compositivas de la torre de Babel: la lengua irlandesa con sus partes del discurso está construida sobre el modelo de los materiales que estaban presentes en el momento de la construcción de la Torre (barro y agua, lana y sangre, madera y cal, pez, lino y betún). Los 72 sabios de la escuela de Fénius programan su lengua como una *operación de “retazos”*, o bien de bricolaje y restauración al mismo tiempo, de las otras 72 lenguas nacidas después de la confusión, cogiendo lo mejor de cada una. Esta lengua conserva rasgos del isomorfismo entre la lengua primigenia y el ordenamiento natural del universo. Mil años antes de Rivarol alguien ya había pretendido que solamente la propia fuera la lengua de la razón.

Para encontrar el primer tratado verdadero y propio que ponga en juego toda la problemática que nace de la *confusio linguarum*, debemos esperar al inicio del siglo XIV, con *De Vulgari Eloquentiae*, donde Dante se plantea la fundación de una lengua vulgar ilustre (donde “ilustre” significa *difusor de luz*), nacida de la fusión de lo mejor que hubiera producido el lenguaje de los primeros poetas italianos. Dante quiere construir esta lengua vulgar ilustre sobre el modelo de la lengua adánica y se interroga acerca de ésta.

Dios crea a Adán, habla con él, y luego lo lleva hasta donde están los animales de la tierra y del cielo (los peces no) con el fin de que les dé un nombre. Parece evidente que es en ese momento cuando Adán inventa el hebreo. Pero si Dios no ha dado desde el principio una lengua completa a Adán, debe haberle dado entonces el don de lenguas, una matriz lingüística, una capacidad de

inventar las lenguas, lo más fundamental, más abstracto y más primitivo de una lengua, una *forma locutionis*, que constituye a su vez una gramática universal. Se reconocerán aquí los orígenes de una discusión que desde los Modistas continúa a través de Port-Royal, Du Marsais y otros autores de la *Encyclopédie*, hasta Chomsky. Ciertamente, en este texto *dantesco* se presenta por primera vez el problema de una competencia generativa universal que predecería, filogenéticamente y ontogenéticamente, a la adquisición de una lengua natural. La mayor sorpresa que he tenido en el curso de mi investigación ha sido el descubrir, a través de la traducción (debida a Moshe Idel) de textos cabalísticos hasta hoy inéditos, que una idea similar había sido sostenida también por Abulafia. De esta gramática universal dada por Dios a Adán nacen varias lenguas, incluida la hebrea, y el mismo hebreo de Adán cambia y se desarrolla en el transcurso de su descendencia. Abulafia escribe y viaja por Italia cuando Dante es todavía joven, de todos modos no existen pruebas de que Dante estuviera al corriente de estas teorías. Pero Dante era un hombre informado, y tanto él como Abulafia eran sensibles a la teoría averroísta de un *Intelecto Activo* común a toda la especie humana, y esta coincidencia es digna de comentario³³.

3. Si ha existido una lengua perfecta, fuera la hebrea o la Lengua Madre, la Lengua Matriz de la cual nace el mismo hebreo, el primer paso no podría ser más que una búsqueda de esta Lengua Originaria. Así nace por un lado la búsqueda, filológicamente rigurosa, de los principios de una gramática hebrea, en una época en que aún no se conocía nada de la lengua de Israel, búsqueda que al final habría conducido a la crítica testamentaria. Por otra parte existía el cabalismo cristiano, que se difunde por Europa justo cuando Europa, gracias a la Reconquista, se define como continente autónomo y —consecuencia colateral debida a la excesiva piedad de sus Majestades Cristianísimas—, con la persecución de los Judíos de España, el pensamiento hebreo se difunde por Europa.

Para los cabalistas cristianos, el hebreo se presenta como la lengua divina y sagrada por excelencia, tal vez porque es incomprensible. Para herméticos como John Dee se convierte en una lengua mágica: no sirve para comunicar las ideas sino para influir sobre las cosas. En base a la presunta correspondencia entre lengua adánica y estructura del mundo, las palabras hebreas se consideran como *fuerzas*, como sonidos que, una vez pronunciados, pueden influenciar la naturaleza de las cosas y el curso de los acontecimientos.

Así, si para algunos el hebreo deberá ser estudiado en su gramática para poder comprender las revelaciones que puede transmitir, para otros será reve-

33. En el curso de mis clases en el Collège de France he recibido interesantes sugerencias por parte de algunos colegas, que muestran cómo la coincidencia tendría algunas bases documentales. Acerca de esto hablaré en el libro que sobre el mismo tema ha sido remitido al editor Laterza (NdA, 1993).

lador en la medida en la que parece oscuro, envuelto en un *mana*, válido como medio de operación mágica y no como instrumento de comunicación.

Pero, una vez que nos hemos introducido en una búsqueda *à rebours*, el hebreo no tiene por qué mantener su privilegio. Otras lenguas podrían pretender el título de lengua madre de la humanidad, y en el siglo XVII se pensó que Adán habría podido hablar chino. Esta investigación asume diversas formas. Basta recordar, a medio camino entre el deseo de claridad filológica y la fascinación por los símbolos desconocidos (más capaces de evocar que de transmitir pensamientos precisos) el desciframiento del antiguo egipcio que comienza en el período barroco a través de la obra de Athanasius Kircher. Cuando Champollion descifra la lengua de los jeroglíficos, se descubre que el desciframiento de Kircher era totalmente fantasioso. Sin embargo, un enésimo efecto colateral de nuestra historia, Champollion no se habría preocupado del tema sin la *felix culpa* del padre Kircher y, a pesar de la piedra de Rosetta, Champollion se convierte en el héroe de la egiptología científica interpretando también las transcripciones imprecisas de los obeliscos romanos hechas por el padre Kircher.

Pero los efectos colaterales de esta *quête* no se detienen aquí: o bien se nos proyecta por detrás el fantasma de un hebreo adánico o bien el de una Lengua Matriz mucho más antigua, el trabajo de justificación etimológica, de comparación entre las raíces de las diferentes lenguas, lleva lentamente a la construcción de aquel otro fantasma ideal que es el indoeuropeo. Los métodos se han afinado y este fantasma ya no es un punto del pasado al cual es necesario volver, sino la llave que permite explicar la historia y la evolución de las lenguas vivas: tenemos así el nacimiento de la lingüística científica moderna y contemporánea.

4. Sin embargo, nos lo había hecho ver Dante: quizás Dios no dio a Adán el hebreo primordial, pero sí le dio una gramática general, una forma trascendental con la cual podría construir todas las lenguas posibles. En este caso debería también haberle dado unos universales semánticos, es decir, un sistema de nociones atómicas mediante las cuales se consigue explicar todo el contenido del universo. Hasta Humboldt, aunque se aceptaba la hipótesis epicúrea por la cual cada pueblo inventa su propia lengua para dar cuenta de su propia experiencia, nadie se atrevía a imaginar algo parecido a la hipótesis de Sapir-Whorf, esto es, que es la lengua la que da forma a nuestra experiencia del mundo. En general se mantenía la esperanza de que existiese una gramática universal de las ideas que reflejara el ordenamiento mismo del universo.

Este sistema de ideas debería haber sido igual para todos los hombres, aunque en cada pueblo, después de la *confusio*, a una misma idea se le daban nombres diferentes. Lo mismo, se decía, ocurría con los números, en los cuales distintas palabras nos remiten a la misma entidad matemática. Pero los números presentaban otro aspecto interesante: independientemente de la variedad de las lenguas, todos los pueblos los indican con la misma cifra o carácter.

Se postula por consiguiente a priori un sistema de universales semánticos, se señala cada átomo semántico con un signo visible o sonoro, y se obtendrá una lengua universal, como la de los ideogramas chinos, que comunican las mismas cosas a diversos pueblos orientales aunque sean pronunciados de modo diferente. En cuanto a la gramática, *l'intendence suivra*: se tratará, según los diferentes proyectos, de reducir las declinaciones o las mismas conjugaciones verbales, de derivar las diversas partes del discurso de un mismo radical, indicándolo con signos diacríticos...

La primera idea de un signo universal aparece en Francis Bacon, y producirá en Inglaterra una amplia serie de tentativas, de las cuales sólo recordaremos aquellas, bastante diferentes entre ellas, de Dalgarno, Lodwick y Wilkins. En Francia se perfila, sin embargo, la primera crítica radical de este intento.

Al padre Mersenne que en 1629 se propone un sistema de lengua universal (inventado por un tal des Vallées, y luego perdido en el olvido porque Richelieu le había negado al autor una pensión, como cuenta Tallemant de Reaux) le responde Descartes que “al igual que se puede pretender que se aprenda en un día a nombrar todos los números hasta el infinito, y a escribirlos en una lengua desconocida, aun tratándose de una infinidad de palabras diferentes, ciertamente se podría hacer lo mismo con todas las otras palabras necesarias para expresar todas las otras cosas accesibles al espíritu humano. Si esto fuera posible, no dudo que este lenguaje podría haberse divulgado entre la gente... Pero la invención de tal lengua depende de la verdadera filosofía, porque es imposible enumerar todos los pensamientos de los hombres y ponerlos en orden, y no se puede distinguirlos de manera que sean claros y simples, lo cual constituye en mi opinión el mayor secreto que se puede obtener para adquirir la buena ciencia. Y si alguno estuviera en grado de explicar cuáles son las ideas simples que están en la imaginación de los hombres, y de las cuales se compone todo aquello que éstos piensan, y si esto fuera aceptado por cada uno, podría entonces tener esperanza en una lengua universal fácil de aprender... gracias a la cual los campesinos podrían juzgar la verdad de las cosas mejor que lo hacen hoy los filósofos. Pero no esperéis jamás verla en uso; esto presupondría grandes cambios en el orden de las cosas, y haría falta que el mundo entero no fuera otra cosa que un paraíso terrestre, lo cual no puede pretenderse más que en el mundo de las novelas”.

Descartes no construirá, por consiguiente, su lengua universal pero otro efecto colateral, siete años después propondrá un Método para identificar, al menos, unas pocas y fundamentales ideas claras. Esto no significa ningún avance para la historia de la lengua perfecta, pero sí un gran avance para la historia de la filosofía.

La crítica de Descartes era exacta. Cada tentativa de establecer un sistema arquitectónicamente perfecto de las ideas, nacido de mutuas dependencias y ajustes rigurosos desde lo general a lo particular, se revelará como un fracaso.

Al final del siglo XVIII Degerando, en su *Des signes* identificará la oculta carcoma que corroía a todos los sistemas precedentes: la confusión entre *clasificación* (donde las ideas se organizan según el orden y la lógica de sus componentes internos) y *división* (donde el sistema depende de las perspectivas prácticas de quien debe ordenar el panorama del saber). En otros términos, o se tendrá un diccionario lógico restringido a un campo nocional muy limitado, o una enciclopedia de todos nuestros conocimientos; o un orden necesario de los conceptos o el orden flexible de una biblioteca.

Las dos concepciones pugnan en Leibniz. Él todavía piensa en una lengua perfecta cuando redacta su *Characteristica Universalis*: fijadas las unidades semánticas, establecidas las reglas de computación según sus recíprocas relaciones, podremos un día ver que la comunidad de los sabios se sienta a la mesa y diciendo *Calculemus*, llega sin error a la verdad. Será el mismo Leibniz quien reconocerá que esta utopía se aplica sólo a la *pensée aveugle* de un cálculo puramente formal, siendo la lengua perfecta la lengua de la lógica matemática y del cálculo binario.

Por otra parte, Leibniz reconocerá (en los *Nouveaux Essais sur l'entendement humain*) que, debiendo diseñar el sistema completo de nuestro saber, tendremos una enciclopedia cuyas partes estarán en guerra continua porque “una misma verdad puede ser colocada en lugares distintos, según los términos que ésta contiene, y también según los medios y las causas de la cual depende, y según los efectos que pueda tener... los que organizan una biblioteca a menudo no saben dónde guardar algunos libros, y dudan entre dos o tres sitios igualmente convenientes”.

Así Leibniz anticipa e inspira el *Discours Préliminaire* de D'Alembert en la *Encyclopédie*, donde se hablará del Sistema general de las ciencias y de las Artes como de un laberinto, “de un camino tortuoso donde el espíritu se aventura sin conocer demasiado bien la dirección que debe seguir; un sistema compuesto por diversos ramales, muchos de las cuales se reúnen en un mismo punto; y así como partiendo de este punto no es posible tomar en un mismo momento todas las direcciones, es la naturaleza de los diversos espíritus la que determina la elección... Pero, como ocurre en los mapas generales del globo que habitamos, los objetos son más o menos aproximados y presentan un efecto óptico diferente según el punto de vista desde el cual se pone el Geógrafo que dibuja el mapa, del mismo modo, la forma del árbol enciclopédico dependerá del punto de vista en cual nos pongamos... Se pueden, por consiguiente, concebir tantos y tan diversos sistemas del conocimiento humano como mapamundis desde distintas perspectivas”.

La crítica de la *Encyclopédie* pone fin al sueño de la gramática de las ideas, aunque seguirán a éste otros intentos, hasta nuestros días, cuando aún se estudia la posibilidad de un llamado *mentalese*, una lengua escrita en las circunvoluciones mismas de nuestro cerebro, capaz de proporcionar la estructura pro-

funda de cada expresión en cualquier lengua natural. Pero en cualquier caso, del fracaso del *Real Character* de Wilkins han tomado impulso las investigaciones de las taxonomías botánica y zoológica. En cualquier caso, cuando hoy manejamos un ordenador escribiendo en Basic o en Pascal, todavía usamos los resultados seculares de la *quête* de la lengua perfecta de las ideas. Cuando tratamos de obligar al ordenador a emular nuestra competencia lingüística cotidiana recurrimos a modelos que dependen de la noción de enciclopedia de Leibniz y de D'Alembert.

5. Pero la tipología de las lenguas perfectas no se queda ahí. Recordemos que Dante se preguntaba de qué modo Adán habría dialogado con Dios en el Paraíso terrenal. Según una tradición medieval, Dios se habría presentado al primer hombre a través de fenómenos atmosféricos, trueno, granizo, terremotos. Dante expone la hipótesis de que Dios había movido el aire de manera que produjese sonidos comprensibles para Adán. Pero muchos escritores medievales dirán que esta relación –cuyo soporte podían ser o no esos diversos sonidos– era de naturaleza mística: un proceso de transferencia de sentido donde el vehículo expresivo es irrelevante, porque el sentido se trasmite por así decirlo, de mente a mente, o de corazón a corazón. Reconozcamos aquí las características de una práctica bien anterior a Dante: La *glossolalia* (Delirio verbal de algunos enfermos mentales, caracterizado por la creación voluntaria de palabras deformadas). En cierto sentido, también la relación renacentista con el hebreo como lengua incomprensible tendrá rasgos *glossolálicos*.

En el curso de la historia veremos la *Ignota Lingua* de Santa Hildegarda de Bingen, o aquella lengua mágica de la que hablan los manifiestos Rosa-Cruz, que probablemente estaba inspirada en la *Sensualische Sprache* de Böhme, una lengua de la naturaleza que se relaciona con la leyenda también oriental de una lengua de los Pájaros, de la cual encontramos huellas en Cyrano de Bergerac. Ciertamente, podríamos relegar estas utopías a un capítulo que no concierne a la semiótica sino más bien a la mística, si no fuera porque hay una semiótica de los textos poéticos, y el ideal de una lengua Mágica se encuentra en la poesía contemporánea, en Rimbaud y en Mallarmé, en Christian Morgenstern, en el lenguaje trans-mental de Chlebnikov, en el *Finnegans Wake* de Joyce, en cada concepción de la poesía donde el máximo sentido viene expresado por la ambigüedad de la expresión, de la alusión, del nuevo cuño léxico de sabor fatalmente *glossolálico*.

6. En fin, es una fatalidad que la investigación sobre el hebreo llevase a la cultura renacentista a descubrir la tradición cabalística, según la cual la creación se ha desarrollado por medio de la combinación de las veintidós letras del alfabeto hebreo. La cábala sugiere, por consiguiente, que se constituir un alfabeto finito que produciría un número prácticamente infinito de combinaciones.

Si a cada elemento alfabético correspondiese una idea, entonces la lengua permitiría combinar ideas y encontrar conexiones entre ideas todavía no consideradas. Este proyecto, probablemente influenciado por ideas cabalísticas, es el del *Ars Magna* de Raimundo Lulio. Pero Lulio inventa una máquina con la cual en realidad no sabe qué hacer, porque no explota sus posibilidades combinatorias, pero es más, la limita y la reduce hasta el punto de que su dispositivo pueda generar solamente proposiciones teológicamente aceptables. Su propuesta será retomada y gradualmente ampliada por el lulismo renacentista, por Agripa y Bruno, y dará los más asombrosos resultados en la especulación leibniziana.

Si lo que el arte combinatorio nos ha transmitido es la idea de otra forma de *pensée aveugle* que se ejercita a un puro nivel sintáctico, independientemente de los contenidos que puedan ser empleados, algunas de las formas actuales del *New Connectionism* se basan todavía en el intento de la máquina *inteligente* de probar innumerables combinaciones antes de reconocer una situación de equilibrio. Una vez más, nuestra *quête* ha dado lugar a intentos que juegan *aux frontières de l'illimité et de l'avenir*.

7. Si Dante pensaba que sobre los restos, sobre los detritus de las lenguas naturales se podía construir una lengua vulgar ilustre de alcance universal y si en un bricolaje parecido pensaban los gramáticos irlandeses ¿porqué no intentar construir una lengua internacional que se basase en las raíces semánticas y estructuras sintácticas comunes a todas o a algunas lenguas existentes? Es el camino seguido por innumerables constructores de lenguas internacionales en el siglo XIX, o de lenguas *a posteriori*, de las cuales el esperanto es el ejemplo más conocido y respetado.

Ante estas lenguas, cuando están bien construidas, no hay razones de derecho para pensar en su fracaso. Si muchas han desaparecido, se debe a razones de hecho. Si una de ellas terminara afirmándose, ello dependería de un hecho y de una decisión política.

Pero desde finales del siglo XVIII ya se exponían argumentaciones políticas contra una lengua universal unificadora. Degerando, en su *Des Signes*, recordaba que los viajeros, los científicos y los comerciantes (aquellos que tienen necesidad de un idioma común) son una minoría, mientras la gran mayoría de los ciudadanos, que pertenecen a las clases inferiores, vive muy bien expresándose en su propia lengua. *Le besoin du voyageur est continuel, celui de l'habitant n'est qu'accidentel et passager*. Por otra parte, el viajero tiene interés en entender a los indígenas pero los indígenas no tienen necesidad de entender al viajero que, al contrario, puede aprovechar la diferencia lingüística para ocultar sus intenciones a los pueblos que visita.

Si fuese usada para fines científicos, la lengua universal se encontraría divorciada de la lengua literaria, y “privada del apoyo de la literatura, la ciencia perdería gran parte de su encanto”. Además, “¿Qué importa a la sociedad

que un pequeño número de individuos participen en sublimes teorías, si los otros permanecen envueltos en la más oscura de las noches?” Preocupado por salvaguardar los secretos del viajero, Degerando parece contradictoriamente preocupado por el carácter esotérico que todas las lenguas artificiales habían asumido hasta su tiempo, y teme una separación entre conocimientos de una élite y conocimientos de todos los ciudadanos.

¡Si después la lengua fuera usada también para fines literarios (no sonreír ante esta argumentación exageradamente “sociológica”) los artistas estarían demasiado expuestos a los efectos de la rivalidad internacional y se verían obligados a someterse a enfrentamientos quizás peligrosos!

En el fondo se encuentra la convicción de que el hombre del siglo XVIII no está en absoluto fascinado por el aprendizaje de las lenguas. Hay una sordera cultural en los enfrentamientos del poliglotismo a la cual sólo están inmunes, dice Degerando, los habitantes del Norte de Europa, y por razones de necesidad. Esta sordera es tan difusa que Degerando prueba la necesidad de sostener, como una provocación, que el estudio de las lenguas extranjeras no es tan estéril y mecánico como quiere la opinión común.

En fin, Degerando entrevé que el obstáculo principal está en el egoísmo de los gobiernos: “¿Podemos suponer que los gobiernos querrían llegar a un acuerdo para establecer leyes uniformes para cambiar su lengua nacional? ¿Se ha visto alguna vez que los gobiernos quisieran ponerse de acuerdo para las cosas que son de interés general para la sociedad?”

Todo discurso científico está *habitado* por una ideología subyacente, y esto le sucedía también a un *idéologue*. Mientras intenta demostrar lo difícil que es hacer adoptar a todos los pueblos una lengua natural existente, Degerando no puede dejar de afirmar que en cualquier caso “La nación francesa es la única que, por su posición central en Europa, por la naturaleza de sus relaciones, por la influencia de sus costumbres, por su potencia política... puede aspirar a esta ventaja”.

8. Estas posiciones nos llevan a otro capítulo de nuestra investigación. El sueño de una lengua perfecta ha llevado a muchos, incluso a los gramáticos irlandeses del s. VII, a considerar la lengua nacional como la heredera natural de la lengua de Adán.

Goropio Becano (Jan Van Gorp) en *Origines Antwerpianae* (1569) piensa que la relación motivada entre palabras y cosas, típico de la lengua de Adán, se encuentra en el flamenco, en el dialecto de Amberes. Los antepasados de los antuerpienses, los cimbrios, descenderían directamente de los hijos Jafet, que no estaban presentes en el episodio de la Torre de Babel, y por consiguiente se libraron de la *confusio linguarum*.

Al lado de la tesis holandesa-flamenca no falta la tesis *sueca*, y Olaus Rudbeck, en *Atlantica sive Mauheim vera Japheti posterorum sedes ac patria*

(1675) demuestra que en Suecia (que no era otra que la mítica Atlántida y la tierra de las Hespérides) se había asentado Jafet y su descendencia y que de aquel tronco racial y lingüístico habían nacido todas las lenguas góticas.

En los *Prolegomena* de su Biblia políglota de 1657, William Walton cita varios intentos para demostrar que las lenguas originarias habían sido el galés, el danés y el alemán, pero tenemos también la tesis húngara, polaca y bretona. También en el período barroco, el alemán Georg Philipp Harsdörffer (*Frauenzimmer Gesperächspiel*, 1644, Niemayer, Tubingem, 1968, p.12) afirma que la lengua alemana

“habla con las lenguas de la naturaleza, expresando perceptiblemente todos los sonidos... Esa tormenta en el cielo, relampaguea con las nubes veloces, reluce con el granizo, silba con los vientos, produce espuma con las olas, chirría con las cerraduras, suena con el aire, explota con los cañones, ruge como el león, muge como el buey, gruñe como el oso, brama como el ciervo, bala como la oveja, gruñe como el cerdo, ladra como el perro, relincha como el caballo, silba como la serpiente, maúlla como el gato, aletea como la oca, grazna como el pato, zumba como el abejorro, cacarea como la gallina, picotea como la cigüeña, grazna como el cuervo, chilla como las golondrinas, gorjea como el gorrión... la naturaleza habla en nuestra lengua alemana mediante todas las cosas que producen sonidos por sí mismas, y por esto muchos han querido afirmar que el primer hombre, Adán, no pudo llamar a los pájaros y a todos los animales de la tierra sino con nuestras palabras, porque él expresaba, de acuerdo con la naturaleza, cada una de las propiedades innatas y de por sí sonoras; y por esto no hay por qué maravillarse de que todas las radicales de nuestras palabras coincidan en gran parte con el lenguaje sagrado”.

Naturalmente, en el ambiente británico, la defensa de la lengua celta asumirá otras connotaciones de oposición a la tradición germánica. Así en el siglo siguiente Rowland Jones sostendrá que “ningún lenguaje excepto el inglés se muestra tan cercano al primer lenguaje universal, y a su natural precisión y correspondencia entre palabras y cosas”. La lengua inglesa es “la madre de todos los dialectos occidentales y del griego, hermana antigua de las lenguas orientales y, en su forma concreta, la lengua viva de los Atlantes y de los aborígenes de Italia, de los galos y de los bretones, que proveyó a los romanos de tantos de los vocablos que no son de origen griego...” (*The circles of Gomer*, 1771).

Las hipótesis nacionalistas son típicas de un siglo como el XVII en el cual toman forma definitiva los grandes estados europeos, y la Guerra de los Treinta Años introduce el problema de la hegemonía en el continente. Pero ya desde el renacimiento, Guillaume Postel, también movido por el fuego sagrado de la concordia universal y después de haber dedicado su vida a la investigación sobre el hebreo, sostenía la idea de una descendencia directa de las lenguas célticas del hebreo, como argumento en favor de una concordia universal que habría debido realizarse bajo el control del rey de Francia.

9. Es fascinante ver cómo, de siglo en siglo, cambian las motivaciones para intentar conseguir una lengua perfecta, filosófica o universal. Al principio, con Raimundo Lulio, la idea es encontrar una lengua filosófica que pueda parecer demostrativa y persuasiva a los representantes de las tres grandes religiones monoteístas, y esta idea es recogida también por Nicolás de Cusa, el cual, en cierto momento, avanza la siguiente propuesta: la iglesia podría aceptar la circuncisión de todos los cristianos si los hebreos y los musulmanes se convirtieran al cristianismo.

En el Renacimiento, con Postel, la concordia universal que se busca, además de religiosa, es política. El tema de la concordia religiosa reaparece en los manifiestos Rosa-Cruz, pero sus aspiraciones no atañen tanto a las tres religiones monoteístas, como a la superación de la división entre católicos y protestantes.

En el siglo XVII inglés se cita todavía el objetivo religioso pero, como en los proyectos de jesuitas como Kircher, no se trata tanto de establecer una fraternidad con hebreos y musulmanes, como de convertir a los idólatras del Nuevo Mundo. Todavía la motivación que predomina en el ambiente inglés es eminentemente científica y comercial: por un lado, la lengua perfecta debe permitir la comunicación de los nuevos descubrimientos científicos; por otro, favorecer a los navegantes y mercaderes. Y es significativo que el *frontispicio* ilustrado en *The Universal Character* de Clive Beck (1657) muestra un europeo, sobriamente vestido de puritano, que entrega el mismo proyecto a un hindú y a un indio de América. Como en muchos otros proyectos futuros, comienza a perfilarse la idea de la expansión colonial, cuya educación, conquista y progreso son *the white man's burden*, el peso del hombre blanco.

Delormel, al presentar su *Lengua Universal* a la Convención, habla de la ideología revolucionaria y de la necesidad de compartir todas las conquistas de la Época de las Luces. La *Pasigraphie* de Des Maimieux (escrita bajo el Directorio) no vuelve a aludir a la evangelización de los orientales y de los amerindios, pero sí a las comunicaciones entre Europa y África, a la necesidad de facilitar las operaciones diplomáticas y militares, y también a una nueva fuente de rentas para los tipógrafos, traductores y profesores que deberán publicar y difundir los libros reescritos en la nueva lengua. Si todos los autores del siglo XVII se apresuraron a proponer como ejemplo de traducción el Pater Noster y el Credo, para demostrar que su lengua estaba preparada para expresar también los misterios de la fe, bajo el Consulado la *Poligraphie* de Hourwitz prueba sus virtudes con el comienzo de *Las aventuras de Telémaco*.

Motivaciones científicas, políticas, comerciales e industriales contienen las propuestas de Couturat y Leau, en 1903, para las diversas lenguas internacionales; y entre éstas, sólo el Esperanto se beneficiará, en términos de proselitismo, de la pasión laica y religiosa de su inventor, el doctor Zamenhof, que siempre había pensado en su nuevo idioma como instrumento de fraternidad uni-

versal y también como la lengua que habría podido reunir en Palestina al pueblo de Israel, en lugar de un hebreo ya arcaico y en desuso.

En los últimos años han aparecido lenguas destinadas a la comunicación con posibles habitantes del espacio, como el *Lincos* de Freudenthal, y un proyecto para una lengua de comprensión interespcial ha sido encargado por una agencia gubernamental americana al lingüista Thomas Sebeok, para poder advertir (durante los próximos 3.000 años) a los visitantes procedentes de las estrellas que en ciertos lugares del planeta yacen depósitos de desechos radiactivos.

Como hemos podido ver, el sueño ha asumido en el transcurso de los siglos aspectos diversos, y la historia reproduce una y otra vez la historia de las esperanzas, de las virtudes, de los errores y de los crímenes de la civilización occidental.

10. Pero en el mismo período en el que aparecían los primeros volúmenes de la *Encyclopédie*, el abad Pluche, en su *La mécanique des langues et l'art de les enseigner* (1751) había expresado una idea que preludiaba un cambio de perspectiva radical. Una primera diferenciación de la lengua, sino en el léxico, al menos en la diversidad de inflexiones entre una familia y otra, ya había comenzado a producirse en los tiempos de Noé. Pero esta multiplicación (que no es confusión) de las lenguas aparece como un fenómeno, además de natural, socialmente positivo. Después de un primer momento de desconcierto “aque-llos que tenían una lengua inteligible entre ellos se unían y vivían en el mismo cantón. Es esta diversidad la que ha mantenido a cada país y a sus habitantes, y la que los conserva. Así que se puede decir que el provecho de este cambio extraordinario y milagroso se extenderá a las épocas siguientes. Después, se mezclaron más pueblos, se verificaron más hibridaciones y cambios de las lenguas; y cuanto más se multiplicaron éstas, menos fácil resultó cambiar de país. Esta confusión fortaleció la unión que está en la base del amor por la patria: hace a los hombres más sedentarios”.

La natural diferenciación de las lenguas se convierte ahora en un fenómeno positivo que permite la fijación de leyes, el nacimiento de las naciones y el sentimiento de la identidad nacional. Puede decirse que Pluche está afirmando que *L'état c'est la langue*. Por otra parte, pocos años después, el propio Degerando, al descubrir la imposibilidad de una lengua internacional, encontraba consuelo en las garantías de estabilidad social ofrecidas por las lenguas nacionales: “Es cierto que estas impresiones pueden perjudicar a veces el sentimiento de fraternidad universal...pero, en siglos de corrupción, es antes que nada hacia el sentimiento patriótico hacia donde se dirigen los espíritus; cuanto más progresa el egoísmo, más peligroso es hacerse cosmopolita”.

No sorprenderá, pues, encontrar una continuación (o una reinención) del tema de la positividad de Babel en un heredero de la cultura revolucionaria, en Hegel, quien mantendrá que esta revalorización de Babel no atañe solamente a

reforzar el vínculo social sino también a una celebración casi sagrada del trabajo humano.

Para Dante la *confusio linguarum* no representaba el nacimiento de las lenguas de diversos grupos étnicos. Durante la construcción de la torre, los arquitectos hablaban la lengua de los arquitectos, los porteadores de piedras, su lengua propia, y parece que Dante pensaba en las jergas de las corporaciones de su tiempo asociando *la idea de una división del trabajo lingüístico* a una vaga idea de división del trabajo social. Por otra parte la iconografía medieval siempre había puesto en primer o segundo plano albañiles, poleas, masas cuadradas, compases, tornos, técnicas de amasijo y así sucesivamente (hasta el punto de que ciertas informaciones sobre los modos de operar de los maestros albañiles medievales se obtenían a menudo de las representaciones de la Torre). En la *Histoire Critique du Vieux Testament* de Simon (1668) aparece la idea de que la confusión babilónica se habría debido al hecho de que los hombres debían nombrar los diversos instrumentos, y cada uno los denominaba a su modo, y así se abría camino la idea de una organización del trabajo de la construcción.

Hacia fines del siglo XVI, la pintura holandesa se apodera del tema de la Torre, del cual se ofrecerán innumerables variaciones (piénsese en Bruegel); en algunos de estos artistas se multiplica el número de los accesorios técnicos, y tanto en la forma como en la sólida robustez de la torre se manifiesta una especie de confianza laica en el progreso. Incluso en la *Turris Babel* de Kircher la atención se centra en los problemas estáticos que la torre planteaba y se ofrece siempre una representación en términos de objeto finito, hasta tal punto que también el autor jesuita parece fascinado por el prodigio tecnológico que está sometiendo a acusación.

Hegel (*Estética* III,1,1) nos recuerda:

“¿Qué es lo sagrado?” se pregunta en una ocasión Goethe en uno de sus dísticos. Y responde: “Aquello que tiene unidas muchas almas. En la vasta llanura del Éufrates el hombre construye una inmensa obra arquitectónica; todos trabajan en común y la comunidad de la construcción se convierte al mismo tiempo en el fin y contenido de la misma obra. Pero, precisamente, esa creación de un vínculo social no queda como una unión simplemente patriarcal: sino que es, al contrario, la disolución de la unidad familiar, la construcción que se eleva hasta las nubes es el objetivarse de esta unión precedente, ahora disuelta, y la realización de una unión nueva y más amplia. Los pueblos de entonces trabajaron juntos en ella y, de la misma manera que se habían reunido para llevar a cabo esta obra desmesurada, el producto de su actividad debía ser el vínculo que, por medio del terreno excavado, de las piedras superpuestas y del cultivo, por así decirlo, arquitectónico de la tierra, los uniese entre ellos, del mismo modo que en nuestros tiempos son las costumbres, los hábitos y la constitución jurídica del Estado los que nos suministran tal unión”.

En esta visión en la que la torre parece anunciar el nacimiento del Estado Éti-

co, la confusión de las lenguas es ciertamente signo de que la unidad estatal no se perfila como universal, pero aunque dé origen a diversas naciones, la empresa babilónica todavía no es más que el primer aviso de una era de progreso y de razón. Dramática intuición, redoble de tambor casi jacobino, antes de cortar la cabeza al embarazoso Adán, y a su *ancien regime* lingüístico. Gesto de rebelión que encontramos en la iconografía del siglo XIX positivista. Piénsese en la tabla dedicada a Babel en la Biblia ilustrada por Doré. El orgullo demoníaco de Hegel ha hecho escuela, y no se entiende si la figura desnuda que sobresale en el centro de la incisión, con los brazos y la cara mirando hacia el cielo nublado (mientras la torre cae oscura sobre los obreros que transportan inmensos bloques de mármol) está desafiando orgullosa o maldiciendo desafiante a un Dios cruel, pero ciertamente no acepta con humildad su propio destino.

11. ¿Cuál será, en consecuencia, el destino de Europa? ¿Luchar dentro de Babel y reencontrar una sola lengua o aceptar Babel y establecer una situación de plurilingüismo? La ruptura y la multiplicación de las lenguas que anunciábamos desde el principio traerá como consecuencia que los europeos no hablen solamente como lengua madre una de las lenguas internacionalmente más conocidas, sino el lituano, el esloveno, el vasco y quizás el árabe... Se vislumbra una Europa en la cual cada uno estará obligado a ser por lo menos bilingüe. No sabemos cuál será la lengua vehicular, y no es imposible que lo sea el Esperanto, al menos en lo que se refiere a los encuentros políticos y a los intercambios comerciales. Pero esto no eliminará la necesidad de una Europa de políglotas, y de este políglotismo ampliado nacerán los *pidgin*.

El proyecto Erasmus nos hace entrever el destino de cientos de miles de estudiantes que, gracias a sus *stage* en el exterior, podrán dar lugar a matrimonios mixtos de los cuales nacerán hijos bilingües. Y así será bilingüe dentro de pocos decenios la nueva clase dirigente europea.

Existe una singular teoría de los orígenes del lenguaje, en el trabajo de un pensador árabe del siglo XI, Ibn Hazm. Las lenguas no podrían haber nacido por convención, porque en cualquier caso, para establecer las reglas, los hombres deberían haber tenido necesidad de una lengua precedente. En un principio habría una lengua dada por Dios, tan rica en nombres y sinónimos que a través de ella Adán pudo dar nombre a todas las cosas del universo sin ambigüedad alguna. En consecuencia, esa lengua debía comprender todas las lenguas. La confusión que habría seguido no correspondería, por consiguiente, a la invención de nuevas lenguas, sino a la fragmentación de aquella lengua única que existía *ab initio*, en la cual estaban contenidas todas las lenguas futuras. ¡El don recibido por Adán era el multilingüismo! Por esto todos los hombres son capaces de comprender la revelación, cualquiera que sea la lengua en la que sea expresada. En tal caso, y una vez más, Babel no representaría la herida que debe ser curada, sino el don primordial que debemos reconquistar.